

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción (Chile)

Año XXX - Septiembre-Octubre de 1953 - Núm. 339-340

Puntos de vista

Juan Francisco González (1853†1933)

Es el pintor de Chile, es decir, el que de una manera más sutil, penetrante y honda encarna el espíritu de su tiempo y de su raza. Y con ello no queremos unirnos a la falange de quienes un poco irreflexivamente hablan de "pintor criollo", creyendo ver en el tema o en el contenido del cuadro —que es lo adventicio y pasadero— lo esencial.

Claro es que don Juan Pancho, como se le llamaba cariñosamente por sus amigos y discípulos, nos da en su obra un eco de la tierra dilecta, de la tierra que lo vió nacer y que impregnó sus pupilas; pero hablar de exclusivismo terrícola es disminuir la significación amplia y universal de su pintura.

Lo esencial en la estética del chileno está en haber sabido partir de esa realidad inmediata para ir a la conquista de los valores más permanentes. Las rosas son rosas en cualquier meridiano que reciba el calor cordial para producirlas. El secreto de Juan Francisco fué el mismo de tantos egregios pintores de su tiempo que supieron hacer

de lo fungible y perecedero de la flor un mensaje de eternidad al fijar sobre la tela y para siempre la fragancia de un instante.

Es ahí en donde conviene ver aquellas ataduras irrenunciables con el terrón natal. Arte el de Juan Francisco que mira a su tiempo, que recibe la palpitación espiritual de su época, que aspira a remozar sin eludir las lecciones de la verdadera tradición o que, en suma, parte de ésta para dar el salto reivindicatorio de su propia fantasía creadora.

Sí, en esta fecha de su primer centenario Juan Francisco González nos deja la lección primordial de una tarea que supo ir en las primeras líneas de la voluntad renovadora sin desdeñar el contacto con lo mejor del pasado. Por eso su obra tiene esa frescura insenescente, como de inmutable juventud.

Nació Juan Francisco en un siglo que iba a señalarse en el correr de la historia por sus apetencias innovadoras. Siglo glorioso entre todos que produce un mundo de obras maestras y que ve nacer con el grupo impresionista, formado por los pintores cansados de los betunes del costumbrismo y de la elocuencia de los cuadros de historia, una visión fragante y auroral de la naturaleza.

Es el grupo del artista chileno. Porque cualquiera que sea el linaje de su estilo, está inscrito en la falange de quienes quieren inventar, de quienes aspiran a restituir a las artes del diseño aquella gracia que tuvieron en los siglos renacentistas. Se creía en un movimiento de disolución y de anarquía —así lo llamaba cierta crítica— cuan-

do no era otra cosa que una vuelta, con peculiaridades propias de la nueva sensibilidad del ochocientos, a las fuentes prístinas.

Estudien otros los pormenores de su estética (en este número se hace por diversos especialistas). Quiere "Atenea" por su voz oficial señalar que la actividad de Juan Francisco González supone además de una estética una ética. Es decir, una lección de superior jerarquía en donde el arte es pretexto de una irradiación de valores morales. Pocos han proyectado más fuertemente el influjo de su personalidad hacia el grupo numeroso de sus discípulos, creando en ellos un estilo de vida y atándolos en una hermandad.

Fué impresionista, se dice y, tal vez, se diga con razón. Fué un realista al aire libre y también en la afirmación hay verdad. Fué un pintor panida, un embriagado de la luz, un apasionado de lo fugitivo, del instante que pasa. Sí, todo eso se dió en este pintor cuyo primer centenario de su nacimiento celebramos ahora.

La suma de esas corrientes en las que cabe inscribir su pintura y la pluralidad de sus estilos nos da un Juan Francisco barroco. El barroquismo en él es una cierta actitud espiritual, un cierto modo de empaparse de vida, de aspirar a un misticismo pánico o comunión con la gleba y con todo aquello que traía justificación de su goce de vida.

Sí, eso fué, un gustador del vivir armónico y, a la vez, libre de trabas. Generoso de su talento, fértil de obra y de espíritu, estimulador de apetencias, contemplador

asombrado de una naturaleza que le decía su verdad y le transmitía su secreto siempre renovado. Generaba poesía vital.

En todo ello hay una raíz barroca. Es decir, la fusión de dos estímulos esenciales: primero, un ansia de infinitud. Segundo, una desbordante eclosión en lo formal. Esa morfología abierta, esa bizarría de sus pinceladas sueltas como trallazos, a veces, acariciadoras otras, serpentíneas, en espiral o en golpes nerviosos, responden a un espíritu inquieto, combatiente, versátil.

Cien años han transcurrido desde que Juan Francisco González vió la luz primera. Desde aquel lejano 1853 los cambios han sido trascendentales. Movimientos diversos se han sucedido y a los estilos de la objetividad o del idealismo delicuescente han seguido otras normas.

En la pintura chilena la figura del Juan Francisco supone una fijación de aquellas diversas actitudes en un estilo que amalgama la tradición y las nuevas inquietudes. El supone el punto de enlace y va a hacer posible que en el arte nacional se implante una corriente que ve la pintura en su estricta razón plástica.

La celebración de las efemérides deben servir sobre todo para sacar una lección y para reponer la sensibilidad en el choque con aquello que de lo celebrado puede sernos útil y aplicable a nuestras normas actuales. En ningún caso hacer de estas celebraciones un pretexto de fríos actos académicos sin contacto con lo vital.

Juan Francisco afortunadamente no requiere de tales estímulos. Vive hoy tan íntegramente como ayer y su

figura es una cosa viva, una permanente presencia, un ejemplo y una clave de muchas concordancias. Tal vez esa irradiación inmaterial, sutil, mágica, de su espíritu valga tanto como su pintura.

Por lo menos constituye una de sus grandezas en los días en que se celebran los cien años de su nacimiento.